

## BERKELEY CASI CINCO DÉCADAS DESPUÉS

## ¿Igual o diferente?

PEDRO DE LA HOZ

FUE ALLÍ, justamente en la plaza ante el Sproul Hall, exactamente el mismo sitio donde fueron reprimidos ahora los estudiantes, el foco de la situación de malestar que a partir de 1964 generó una ola de manifestaciones y enfrentamientos en Estados Unidos y luego en Europa occidental.

La chispa que prendió la hoguera saltó desde el reclamo estudiantil de poderse expresar libremente contra el *establishment*. El Free Speech Movement se articuló un año después de la histórica marcha a Washington por los derechos civiles coronada por el célebre discurso de Martín Luther King Jr. donde pronunció la frase: "Yo tuve un sueño...", cuando los reclutadores del ejército invadían el campus en busca de carne de cañón para la guerra de agresión contra Vietnam.

De inmediato las fuerzas represivas se pusieron en acción, pero con mayor sutileza actuaron los servicios de inteligencia, con el FBI y la CIA a la cabeza, para penetrar el movimiento y desnaturalizarlo, tarea que llevó varios años y el empleo de métodos de control social, desde inundar de drogas alucinógenas los medios universitarios hasta la asimilación de las expresiones contraculturales.

Debe recordarse cómo lo que comenzó en Berkeley se propagó prontamente a otras universidades norteamericanas, con su punto más álgido hacia 1968, cuando los estudiantes afronorteamericanos de Howard ocuparon el rectorado y casi de inmediato otras 12 universidades fueron ocupadas por los jóvenes, con sus consignas antibelicistas y muestras de solidaridad con la insurgencia negra en los ghettos de Chicago, Filadelfia y Atlanta. En la sede californiana durante dos semanas hubo enfrentamientos brutales, animados nada menos que por Ronald Reagan, a la sazón gobernador del estado, quien acuñó una frase: "Hay que limpiar el desorden de Berkeley". Fue el mismo año en que París y varias ciudades alemanas protagonizaron el Mayo del 68 y en México se desencadenó la tragedia conocida como la Matanza de Tlatelolco.

Ahora Berkeley no es el centro sino una de las tantas cajas de resonancia de la ola de protestas e indignación de decenas de miles de ciudadanos, desde Atenas a Nueva York, pasando por Madrid y Barcelona, contra los privilegios y la impunidad con que se desenvuelven las oligarquías financieras y los políticos tradicionales ante la crisis originada por la desorbitada especulación y la adopción del neoliberalismo como dogma sistémico.

En este caso los estudiantes abandonaron

las aulas no solo para apoyar el movimiento Ocupa Wall Street, que apunta sus dardos contra el símbolo del poder financiero de Estados Unidos y se ha extendido a importantes ciudades de la Unión, sino sobre todo para denunciar el progresivo e insostenible aumento de las cuotas de matrícula, el previsto recorte de unos 100 millones de dólares del presupuesto del Estado para la educación superior en la planificación para el 2012 y el alza hasta de un 9 % de los intereses bancarios en los préstamos a los universitarios que necesitan financiar sus carreras.

"El mensaje que llevamos todos es que los bancos deben pagar por este desastre financiero que ha creado Wall Street. Deben poner de su parte para que más familias no sigan sufriendo, ya que se siguen recortando servicios sociales y aumentando las tasas universitarias", declaró al diario San Francisco Chronicle Jennifer Tucker, una de las organizadoras de la protesta. Los estudiantes estaban desarmados, ni siquiera con estacas ni piedras. Y contaban con la anuencia de uno de los administradores del campus que solo prohibió el uso de estufas en la acampada.

La acción pacífica, denominada Ocupemos California (Occupy Cal), fue frustrada por la policía a bastonazo limpio. La vocera del Departamento de Policía de Berkeley, Mary Kusmiss, tuvo el cinismo de expresar en un comunicado: "... no quisimos dañar a nadie, actuamos para proteger a la comunidad universitaria y a los propios estudiantes".

Por tradición heredada, la protesta de Berkeley no debe quedar en nada. También por tradición, ya el *establishment* debe estar pensando en una estrategia que desarticule o cuando menos minimice el impacto mediático y social de la protesta, sin descartar, desde luego, nuevos actos represivos.

Por lo pronto, los de Berkeley recibieron el apoyo de sus iguales en las sedes universitarias de Santacruz, Santa Bárbara, Davis, Los Ángeles (UCLA), Riverside, Irvine y San Diego, que se manifestaron a lo largo del último jueves.

La imagen de policías, porra en mano, arremetiendo la pasada semana contra estudiantes en el campus de Berkeley de la Universidad de California, trajo a la memoria los tiempos en que ese centro docente en la vecindad de San Francisco se convirtió en uno de los puntos de irradiación de la rebeldía juvenil de los años 60 del siglo pasado y, también como era de esperar, uno de los escenarios en los que el sistema puso en práctica todos los métodos posibles para neutralizar el espíritu levantisco de la época.



Berkeley volvió a ser escenario de protestas e indignación ciudadana contra los privilegios y la impunidad de las oligarquías financieras y los políticos tradicionales. Foto: AP

desde Haití



## Las razones de Emile y Lourdes



La doctora Lourdes Philippeaux atiende a la pequeña Yelia Chery, de 10 años, y aquejada de una enfermedad respiratoria aguda, en el centro de salud de Kenscoff, cerca de Puerto Príncipe. Foto del autor

Juan Diego Nusa Peñalver, enviado especial

NADIE NI NADA podrá ensombrecer la extraordinaria labor humanitaria que el personal médico cubano ha cumplido y cumple en Haití desde hace casi 13 años de duro trabajo por la vida de este país, sacudido por enfermedades, huracanes y un letal terremoto.

Nuestros galenos, enfermeras y otro personal han brindado desde el 4 de diciembre de 1998 y hasta el 9 de noviembre de este año más de 18 millones atenciones médicas, efectuado 133 593 partos y realizado 304 977 intervenciones quirúrgicas (37 % de ellas mayores); mientras les devolvieron o mejoraron la visión a 53 712 haitianos, la abrumadora mayoría de todas esas personas muy pobres, residentes en apartadas comunidades y sin hacer ningún tipo de distinción por sexo, raza, condición social o pertenencia política. El único compromiso ha sido con la vida humana.

Aun ni los medios de la llamada gran prensa norteamericana, nada afectos a la Revolución cubana, como el The New York Times, han podido ignorar la intachable labor de los médicos cubanos, por ejemplo, en la lucha contra la epidemia de cólera en Haití, donde han salvado la vida a más de 76 300 personas infectadas con ese terrible mal, con una bajísima tasa de letalidad, y en difíciles condiciones de vida y trabajo.

La Brigada Médica cubana aún se mantiene en la vapuleada tierra que vio nacer al gran Louverture, mientras más de la

mitad de las organizaciones no gubernamentales, la mayoría occidentales, ya se han retirado de Haití, dejando a este pueblo a su triste suerte.

Y eso lo saben muy bien las jóvenes doctoras haitianas Emile Nadege y Lourdes Philippeaux, dos brillantes exponentes de entre las seis promociones y 8 594 graduados, de 54 países del 2005 al 2010, de la Escuela Latinoamericana de Medicina (ELAM) de La Habana.

Ellas tienen muchas razones para amar a Cuba, a Fidel y a su gente como a su propia familia.

"Cuba y Fidel hicieron posible mi sueño de ser médico y la formación que me dieron me ha permitido ver las cosas de una forma más humana para regresar a mi país y ayudar a mi pueblo a levantarse de tantas enfermedades", expresa a Granma la doctora Emile, oriunda de Puerto Príncipe e integrante del primer grupo de 120 haitianos que recibieron sus títulos como egresados de la primera promoción de la ELAM.

Inquieta y afable, a Emile además de codirigir el hospital comunitario de referencia de la montañosa comuna rural de L'Asile, departamento sureño de Nippe, junto al licenciado en enfermería Raúl Larrigana Torres, de la provincia Mayabeque, lo mismo se la puede ver dando consulta, haciendo terreno o con una fregona en la mano limpiando pisos y paredes para mantener la pulcritud de este centro asistencial orgullo de nuestra brigada médica en Haití.

A su vez la doctora Philippeaux, graduada en el 2010 de la ELAM y destacada en la también comuna montañosa de Kenscoff, pero en los alrededores de Puerto Príncipe, significa que aún sus compatriotas necesitan de la asistencia médica de los cubanos porque es de calidad y muy humanitaria.

"La mayoría de los diez millones de haitianos no tienen cómo pagar por la atención médica y en muchos lugares estos servicios no existen. La facultad de medicina del Estado solo gradúa 100 galenos por año, cifra insuficiente para las necesidades de nuestro país", acentúa esta joven doctora, mientras atiende en consulta a la pequeña Yelia Chery, de 10 años, aquejada de una enfermedad respiratoria aguda.

Realizarse en la vida y contribuir a la salud de su pueblo y la de otras naciones del Tercer Mundo, son las razones por las que nunca Emile o Lourdes dejarán de amar a Cuba y a su gente, arguyen con convicción.